

recaudo venía; pero la cruel Gelasia, cuya hermosa lleva siempre tras sí el alma de mi desdichado hermano, fué la causa que él no pudiese venir á decirlo lo que le dicho, pues por seguir á ella, dejó de seguir el camino que traía, fiándose de mí, como de hermana. Ya habeis entendido, pastoras, á lo que vengo: ¿dónde está Rosaura para decirselo? ó decidsele vosotras, porque la angustia en que mi hermano queda puesto, no consiente que un punto mas aquí me detenga. En tanto que la pastora esto decia, estaba Galatea considerando la amarga respuesta que pensaba darle, y las tristes nuevas que habian de llegar á los oídos del desdichado Grisaldo; pero viendo que no excusaba de darlas, y que era peor detenerla, luego le contó todo lo que á Rosaura habia sucedido, y cómo Artandro la llevaba, de que quedó maravillada Maurisa; y al instante quisiera dar la vuelta á avisar á Grisaldo, si Galatea no la detuviera, preguntándole qué se habian hecho las dos pastoras que con ella y con Galercio se habian ido. A lo que respondió Maurisa: Cosas te pudiera contar dellas, Galatea, que te pusieran en mayor admiracion, que no es la en que á mí me ha puesto el suceso de Rosaura; pero el tiempo no me da lugar á ello: solo te digo que la que se llamaba Leonarda, se ha desposado con mi hermano Artidoro por el mas sutil engaño que jamas se ha visto, y Teolinda la otra está en término de acabar la vida, ó de perder el juicio, y solo la entretiene la vista de Galercio, que como se parece tanto á la de mi hermano Artidoro, no se aparta un punto de su compañía: cosa que es á Galercio tan pesada y enojosa, cuanto le es dulce y agradable la compañía de la cruel Gelasia: el modo como esto pasó te contaré mas despacio, cuando otra vez nos veamos, porque no será razon que por mi tardanza se impida el remedio que Grisaldo puede tener en su desgracia, usando en remediarla la diligencia posible; porque si no ha mas que esta mañana que Artandro robó á Rosaura, no se podrá haber alejado tanto destas riberas, que quite la esperanza á Grisaldo de cobrarla, y mas si yo agujio los piés como pienso. Parecióle bien á Galatea lo que Maurisa decia, y así no quiso mas detenerla: solo le rogó que fuese servida de tornarla á ver lo mas presto que pudiese, para contarle el suceso de Teolinda, y lo que habia en el hecho de Rosaura. La pastora se lo prometió, y sin mas detenerse, despidiéndose de los que allí estaban, se volvió á su aldea, dejando á todos satisfechos de su donaire y hermosura. Pero quien mas sintió su partida fué el anciano Arsindo, el cual por no dar claras muestras de su deseo, se hubo de quedar tan solo sin Maurisa, cuanto acompañado de sus pensamientos. Quedaron tambien las pastoras suspensas de lo que de Teolinda habian oido, y en extremo deseaban saber su suceso; y estando en esto oyeron el claro son de una bocina, que á su diestra mano sonaba, y volviendo los ojos á aquella parte, vieron encima de un recuesto algo levantado dos ancianos pastores que en medio tenían un antiguo sacerdote, que luego conocieron ser el anciano Telesio; y habiendo uno de los pastores tocado otra vez la bocina, todos tres se bajaron del recuesto, y se encaminaron hácia otro que allí junto estaba, donde subidos de nuevo tornaron á tocarla: á cuyo son, de diferentes partes se comenzaron á mover muchos pastores, para venir á ver lo que Telesio quería, porque con aquella señal solia él convocar todos los pastores de aquella ribera, cuando que-

ria hacerles algun provechoso razonamiento, ó decirles la muerte de algun conocido pastor de aquellos contornos, ó para traerles á la memoria el dia de alguna solene fiesta, ó el de algunas tristes obsequias. Teniendo pues Aurelio, y casi los mas pastores que allí venían, conocida la costumbre y condicion de Telesio, todos se fueron acercando adonde él estaba, y cuando llegaron, ya se habian juntado. Pero como Telesio vió venir tantas gentes, y conoció cuán principales todos eran, bajando de la cuesta los fué á recibir con mucho amor y cortesía, y con la mesma fué de todos recibido. Y llegándose Aurelio á Telesio, le dijo: Cuéntanos, si fueres servido, honrado y venerable Telesio, qué nueva causa te mueve á querer juntar los pastores destes prados. ¿Es por ventura de alegres fiestas, ó de tristes fúnebres sucesos? ¿Quiéresnos mostrar alguna cosa perteneciente al mejoramiento de nuestras vidas? Dinos, Telesio, lo que tu voluntad ordena, pues sabes que no saldrán las nuestras de todo aquello que la tuya quisiere. Páguenos el cielo, pastores, respondió Telesio; la sinceridad de vuestras intenciones, pues tanto se conforman con la de aquel que solo vuestro bien y provecho pretende. Mas por satisfacer al deseo que tenéis de saber lo que quiero, quiérosos traer á la memoria la que debéis tener perpetuamente del valor y fama del famoso y aventajado pastor Meliso, cuyas dolorosas obsequias se renuevan, y se irán renovando de año en año tal dia como mañana, en tanto que en nuestras riberas hubiere pastores, y en nuestras almas no faltare el conocimiento de lo que se debe á la bondad y valor de Meliso. A lo ménos de mí os sé decir que en tanto que la vida me durare, no dejaré de acordaros á su tiempo la obligacion en que os tiene puestos la habilidad, cortesía y virtud del sin par Meliso; y así, agora os la acuerdo, y os advierto que mañana es el dia que se ha de renovar el desdichado, donde tanto bien perdimos, como fué perder la agradable presencia del prudente pastor Meliso: por lo que á la bondad suya debéis, y por lo que á la intencion que tengo de servirlos estáis obligados, os ruego, pastores, que mañana al romper del dia os halleis todos en el valle de los Cipreses, donde está el sepulcro de las honradas cenizas de Meliso, para que allí con tristes cantos y piadosos sacrificios, procuremos alijerar la pena, si alguna padece, á aquella venturosa alma, que en tanta soledad nos ha dejado. Y diciendo esto con el tierno sentimiento que la memoria de la muerte de Meliso le causaba, su venerables ojos se llenaron de lágrimas, acompañándole en ellas casi los mas de los circunstantes, los cuales todos de una misma conformidad se ofrecieron de acudir otro dia adonde Telesio les mandaba, y lo mesmo hicieron Timbrio y Silerio, Nísida y Blanca, por parecerles que no sería bien dejar de hallarse en ocasion tan piadosa, y en junta de tan célebres pastores, como allí imaginaron que se juntarian. Con esto se despidieron de Telesio, y tornaron á seguir el comenzado camino del aldea. Mas no se habian apartado mucho de aquel lugar, cuando vieron venir hácia ellos al desamorado Lenio con semblante tan triste y pensativo, que puso admiracion en todos; y tan trasportado en sus imaginaciones venía, que pasó lado con lado de los pastores, sin que los viese, ántes torciendo el camino á la izquierda mano, no hubo andado muchos pasos, cuando se arrojó al pié de un verde sauce, y dando un recio y profundo suspiro, levantó la mano, y poniéndola por el

collar del pellico, tiró tan recio que le hizo pedazos hasta abajo, y luego se quitó el zurrón del lado, y sacando dél un pulido rabel, con grande atencion y sosiego se le puso á templar; y á cabo de poco espacio, con lastimada y concertada voz comenzó á cantar de manera, que forzó á todos los que le habian visto, á que se parasen á escucharle hasta el fin de su canto, que fué este.

LENIO.

Dulce amor, ya me arrepiento
De mis pasadas porfias,
Ya de hoy mas confieso y siento
Que fué sobre burferias
Levantado su cimientó,
Ya el rebelde cuello erguido,
Humilde pongo y rendido
Al yugo de tu obediencia,
Ya conozco la potencia
De tu valor extendido.
Sé que puedes cuanto queres
Y que queres lo imposible,
Sé que muestras bien quien eres
En tu condicion terrible,
En tus penas y placeres:
Y sé en fin que yo soy quien
Tuvo siempre á mal tu bien,
Tu engaño por desengaño,
Tus certezas por engaño,
Por caricias tu desden.
Estas cosas bien sabidas
Han agora descubierta
En mis entrañas rendidas
Que tu solo eres el puerto
Do descansan nuestras vidas:
Tú la implacable tormenta
Que al alma mas atormenta
Vuelves en serena calma:
Tú eres gusto y luz del alma,
Y manjar que la sustenta.

Pues esto juzgo y confieso,
Aunque tarde vengo en ello,
Templa tu rigor y exceso,
Amor, y del flaco cuello
Alijera un poco el peso:
Al ya rendido enemigo
No se ha de dar el castigo
Como aquel que se deliende,
Cuanto mas que aqui se ofende
Quien ya quiere ser tu amigo.

Salgo de la pertinacia,
Do me tuvo mi malicia,
Y el estar en tu desgracia,
Y apelo de tu justicia
Ante el rostro de tu gracia:
Que si á mí poco valor
No le quitata el favor
De tu gracia conocida,
Presto dejaré la vida
En las manos del dolor.

Las de Gelasia me han puesto
En tan extraña agonía,
Que si mas porfia en esto,
Mi dolor y su porfia,
Sé que acabarán bien presto.
Oh dura Gelasia, esquivá,
Zahareña, dura, altiva!
¿Por que gustas, di, pastora,
Que el corazon que te adora
En tantos tormentos viva?

Poco fué lo que cantó Lenio, pero lo que lloró fué tanto, que allí quedara deshecho en lágrimas, si los pastores no acudieran á consolarle. Mas como él los vió venir, y conoció entre ellos á Tirsi, sin mas detenerse se levantó, y se fué á arrojarse á sus piés, abrazándole estrechamente las rodillas, y sin dejar las lágrimas, le dijo: Agora puedes, famoso pastor, tomar justa venganza del atrevimiento que tuve de competir contigo, defendiendo la injusta causa que mi ignorancia me proponia: agora digo que puedes levantar el brazo, y con algun agudo cuchillo traspasar este corazon donde cupo tan notoria simpleza, como era no tener el amor por universal señor del mundo; pero de una cosa te quiero advertir, que si quieres tomar al justo la venganza de mi yerro, que me dejes con la vida que sostengo, que es tal, que no hay muerte que se le compare. Había ya Tirsi levantado del

LIBRO SEXTO.

APÉNAS habian los rayos del dorado Febo comenzado á despuntar por la mas baja línea de nuestro horizonte, cuando el anciano y venerable Telesio hizo llegar á los oídos de todos los que en el aldea estaban el lastimero son de su bocina, señal que movió á los que le escucharon á dejar el reposo de los pastorales lechos, y acudir á lo que Telesio pedía. Pero los primeros, que en esto tomaron la mano, fueron Elicio, Aurelio, Daranio y todos los pastores y pastoras que con ellos estaban, no faltando las hermosas Nísida y Blanca, y los venturosos Timbrio y Silerio, con otra cantidad de gallardos pastores y bellas pastoras que á ellos se juntaron, y al número de treinta llegarían. Entre los cuales iban la sin par Galatea, nuevo

suelo al lastimado Lenio, y teniéndole abrazado, con discretas y amorosas palabras procuraba consolarle, diciéndole: La mayor culpa que hay en las culpas, Lenio amigo, es el estar pertinaces en ellas, porque es de condicion de demonios el nunca arrepentirse de los yerros cometidos: y asimesmo una de las principales causas que mueve y fuerza á perdonar las ofensas, es ver el ofendido arrepentimiento en el que ofende, y mas cuando está el perdonar en manos de quien no hace nada en hacerlo, pues su noble condicion le tira y compele á que lo haga, quedando mas rico y satisfecho con el perdon, que con la venganza: como se ve esto á cada paso en los grandes señores y reyes, que mas gloria granjean en perdonar las injurias que en vengarlas: y pues tú, Lenio, confiesas el error en que has estado, y conoces agora las poderosas fuerzas del amor, y entiendes dél que es señor universal de nuestros corazones, por este nuevo conocimiento y por el arrepentimiento que tienes, puedes estar confiado y vivir seguro, que el generoso y blando amor te reducirá presto á sosegada y amorosa vida; que si agora te castiga con darte la penosa que tienes, hácelo porque le conozcas, y porque despues tengas y estimes en mas la alegre, que sin duda piensa darte. A estas razones añadieron otras muchas Elicio y los demas pastores que allí estaban, con las cuales pareció que quedó Lenio algo mas consolado. Y luego les contó como moria por la cruel pastora Gelasia, exagerándole la esquiva y desamorada condicion suya, y cuán libre y exenta estaba de pensar en ningun efeto amoroso: encareciéndoles tambien el insufrible tormento que por ella el gentil pastor Galercio padecia, de quien ella hacia tan poco caso, que mil veces le habia puesto en términos de desesperarse. Mas despues que por un rato en estas cosas hubieron razonado, tornaron á seguir su camino, llevando consigo á Lenio, y sin sucederles otra cosa llegaron al aldea, llevándose consigo Elicio á Tirsi, Damon, Erastro, Lauso y Arsindo. Con Daranio se fueron Crisio, Orfenio, Marsilio y Orompo. Florisa y las otras pastoras se fueron con Galatea y con su padre Aurelio, quedando primero concertado, que otro dia al salir del alba se juntasen para ir al valle de los Cipreses, como Telesio les habia mandado, para celebrar las obsequias de Meliso. En las cuales, como ya está dicho, quisieron hallarse Timbrio, Silerio, Nísida y Blanca, que con el venerable Aurelio aquella noche se fueron.

milagro de hermosura, y la recién desposada Silveria, la cual llevaba consigo á la hermosa y zahareña Belisa, por quien el pastor Marsilio tan amorosas y mortales angustias padecia. Había venido Belisa á visitar á Silveria, y darle el parabien del nuevo recibido estado, y quiso ansimesmo hallarse en tan célebres obsequias, como esperaba serian las que tantos y tan famosos pastores celebraban. Salieron pues todos juntos de la aldea, fuera de la cual hallaron á Telesio, con otros muchos pastores que le acompañaban, todos vestidos y adornados de manera, que bien mostraban que para triste y lamentable negocio habian sido juntados. Ordenó luego Telesio, porque con intenciones mas puras y pensamientos mas

reposados se hiciesen aquel día los solenes sacrificios, que todos los pastores fuesen juntos por su parte, y desviados de las pastoras, y que ellas lo mismo hiciesen: de que los ménos quedaron contentos, y los mas no muy satisfechos, especialmente el apasionado Marsilio, que ya habia visto á la desamorada Belisa, con cuya vista quedó tan fuera de sí y tan suspenso, cual lo conocieron bien sus amigos Orompo, Crisio y Orfenio, los cuales viéndole tal se llegaron á él, y Orompo le dijo: Esfuerza, amigo Marsilio, esfuerza, y no des ocasión con tu desmayo á que se descubra el poco valor de tu pecho: ¿qué sabes si el cielo, movido á compasión de tu pena, ha traído á tal tiempo á estas riberas á la pastora Belisa para que la remedie? Antes para mas acabarme, á lo que yo creo, respondió Marsilio, habrá ella venido á este lugar, que de mi ventura esto y mas se debe temer; pero yo haré, Orompo, lo que mandas, si acaso puede conmigo en este duro trance mas la razón que mi sentimiento: y con esto volvió algo mas en sí Marsilio, y luego los pastores por una parte, y las pastoras por otra, como de Telesio estaba ordenado, se comenzaron á encaminar al valle de los Cipreses, llevando todos un maravilloso silencio, hasta que admirado Timbrio de ver la frescura y belleza del claro Tajo por do caminaba, vuelto á Elicio, que al lado le venía, le dijo: No poca maravilla me causa, Elicio, la incomparable belleza destas frescas riberas, y no sin razón; porque quien ha visto como yo las espaciosas del nombrado Bétis, y las que visten y adornan al famoso Ebro, y al conocido Pisuerga, y en las apartadas tierras ha paseado las del santo Tiber, y las amenas del Po, celebrado por la caída del atrevido mozo, sin dejar de haber rodeado las frescuras del apacible Sebeto, grande ocasión habia de ser la que á maravilla me moviese de ver otras algunas. No vas tan fuera de camino en lo que dices, según yo creo, discreto Timbrio, respondió Elicio, que con los ojos no veas la razón que de decirlo tienes, porque sin duda puedes creer que la amenidad y frescura de las riberas deste río hace notoria y conocida ventaja á todas las que has nombrado, aunque entrase en ellas las del apartado Janto, y del conocido Anfriso, y del enamorado Alfeo; porque tiene y ha hecho cierto la experiencia, que casi por derecha línea encima de la mayor parte destas riberas se muestra un cielo luciente y claro, que con un largo movimiento y con vivo resplandor parece que convida á regocijo y gusto al corazón que dél está mas ajeno: y si ello es verdad, que las estrellas y el sol se mantienen, como algunos dicen, de las aguas de acá bajo, creo firmemente que las deste río sean en gran parte ocasión de causar la belleza del cielo que le cubre, ó creé que Dios, por la misma razón que dicen que mora en los cielos, en esta parte haga lo mas de su habitación: la tierra que lo abraza, vestida de mil verdes ornamentos, parece que hace fiestas y se alegra de poseer en sí un don tan raro y agradable; y el dorado río, como en cambio en los abrazos della dulcemente entretrejiéndose, forma como de industria mil entradas y salidas, que á cualquiera que las mira, llenan el alma de placer maravilloso: de donde nace, que aunque los ojos tornen de nuevo muchas veces á mirarle, no por eso dejan de hallar en él cosas que les causen nuevo placer y nueva maravilla. Vuelve pues los ojos, valeroso Timbrio, y mira cuánto adornan sus riberas las muchas aldeas y ricas caserías, que por ellas se ven fundadas.

Aquí se ve en cualquiera sazón del año andar la risueña primavera con la hermosa Vénus en hábito sucinto y amoroso, y Céfito que la acompaña, con la madre Flora delante, esparciendo á manos llenas varias y odoríferas flores: y la industria de sus moradores ha hecho tanto, que la naturaleza incorporada con el arte, es hecha artificial y connatural del arte, y de entrambas á dos se ha hecho una tertia naturaleza, á la cual no sabré dar nombre. De sus cultivados jardines, con quien los huertos Hespérides y de Alcinoos pueden callar; de los espesos bosques, de los pacíficos olivos, verdes laureles y acopados mirtos; de sus abundosos pastos, alegres valles y vestidos collados, arroyos y fuentes, que en esta ribera se hallan, no se espere que yo diga mas, sino que si en alguna parte de la tierra las campos Eliseos tienen asiento, es sin duda en esta. ¿Qué diré de la industria de las altas ruedas, con cuyo continuo movimiento sacan las aguas del profundo río, y humedecen abundantemente las eras, que por largo espacio están apartadas? Añádese á todo esto criarse en estas riberas las mas hermosas y discretas pastoras que en la redondez del suelo pueden hallarse: para cuyo testimonio, dejando aparte el que la experiencia nos muestra, y lo que tú, Timbrio, ha que estás en ellas y has visto, bastará traer por ejemplo á aquella pastora que allí ves, ó Timbrio; y diciendo esto, señaló con el cayado á Galatea, y sin decir mas, dejó admirado á Timbrio de ver la discreción y palabras con que habia alabado las riberas de Tajo, y la hermosura de Galatea. Y respondiéndole que no se le podia contradecir ninguna cosa de las dichas, en aquellas y en otras entretenían la pesadumbre del camino, hasta que llegados á vista del valle de los Cipreses, vieron que dél salían casi otros tantos pastores y pastoras, como los que con ellos iban. Juntáronse todos, y con sosegados pasos comenzaron á entrar por el sagrado valle, cuyo sitio era tan extraño y maravilloso, que aun á los mismos que muchas veces le habian visto, causaba nueva admiración y gusto. Levántanse en una parte de la ribera del famoso Tajo en cuatro diferentes y contrapuestas partes cuatro verdes y apacibles collados, como por muros y defensores de un hermoso valle que en medio contienen, cuya entrada en él por otros cuatro lugares es concedida, los cuales mismos collados estrechan de modo, que vienen á formar cuatro largas y apacibles calles, á quien hacen pared de todos lados altos é infinitos cipreses, puestas por tal orden y concierto, que hasta las mismas ramas de los unos y de los otros parece que igualmente van creciendo, y que ninguna se atreve á pasar ni salir un punto mas de la otra. Cierran y ocupan el espacio que entre cipreses y cipreses se hace, mil olorosos rosales y suaves jazmines, tan juntos y entretrejididos, como suelen estar en los vallados de las guardadas viñas las espinosas zarzas y puntosas cambronerías. De trecho en trecho destas apacibles entradas se ven correr por entre la verde y menuda yerba claros y frescos arroyos de limpias y sabrosas aguas, que en las faldas de los mismos collados tienen su nacimiento. Es el remate y fin destas calles una ancha y redonda plaza, que los recuestos y los cipreses forman, en medio de la cual está puesta una artificiosa fuente, de blanco y precioso mármol fabricada, con tanta industria y artificio hecha, que las vistosas del conocido Tibuli, y las soberbias de la antigua Tinacria no le pueden ser comparadas. Con el agua

desta maravillosa fuente se humedecen y sustentan las frescas yerbas de la deleitosa plaza, y lo que mas hace á este agradable sitio digno de estimación y reverencia, es ser privilegiado de las golosas bocas de los simples corderuelos y mansas ovejas, y de otra cualquier suerte de ganado, que solo sirve de guardador y tesoro de los honrados huesos de algunos famosos pastores, que por general decreto de todos los que quedan vivos, en el contorno de aquellas riberas se determina y ordena ser digno y merecedor de tener sepultura en este famoso valle. Por esto se veían entre los muchos y diversos árboles, que por las espaldas de los cipreses estaban, en el lugar y distancia que habia dellos hasta las faldas de los collados, algunas sepulturas, cuál de jaspe, y cuál de mármol fabricada, en cuyas blancas piedras se leían los nombres de los que en ellas estaban sepultados. Pero la que mas sobre todas resplandecía, y la que mas á los ojos de todos se mostraba, era la del famoso pastor Meliso, la cual, apartada de las otras á un lado de la ancha plaza, de lisas y negras pizarras, y de blanco y bien labrado alabastro hecha parecia; y en el mismo punto que los ojos de Telesio la miraron, volviendo el rostro á toda aquella agradable compañía, con sosegada voz y lamentables acentos les dijo: Veis allí, gallardos pastores, discretas y hermosas pastoras: veis allí, digo, la triste sepultura donde reposan los honrados huesos del nombrado Meliso, honor y gloria de nuestras riberas: comenzad pues á levantar al cielo los humildes corazones, y con puros afectos, abundantes lágrimas y profundos suspiros entonad los santos himnos y devotas oraciones, y rogadle tenga por bien de acoger en su estrellado asiento la bendita alma del cuerpo que allí yace: en diciendo esto, se llegó á un ciprés de aquellos, y cortando algunas ramas, hizo dellas una funesta guirnalda con que coronó sus blancas y venerables sienes, haciendo señal á los demas que lo mismo hiciesen. De cuyo ejemplo movidos todos, en un momento se coronaron de las tristes ramas; y guiados de Telesio llegaron á la sepultura, donde lo primero que Telesio hizo, fué inclinar las rodillas, y besar la dura piedra del sepulcro: hicieron todos lo mismo, y algunos hubo que tiernos con la memoria de Meliso, dejaban regado con lágrimas el blanco mármol que besaban. Hecho esto, mandó Telesio encender el sacro fuego, y en un momento al rededor de la sepultura se hicieron muchas, aunque pequeñas hogueras, en las cuales solas ramas de cipreses se quemaban; y el venerable Telesio con graves y sosegados pasos comenzó á rodear la pira, y echar en todos los ardientes fuegos alguna cantidad de sacro y oloroso incienso, diciendo cada vez que lo esparcía alguna breve y devota oración á rogar por el alma de Meliso encaminada, al fin de la cual levantaba la tremante voz, y todos los circunstantes con triste y piadoso acento respondían, amen, amen, tres veces, á cuyo lamentable sonido resonaban los cercanos collados y apartados valles, y las ramas de los altos cipreses, y de los otros muchos árboles de que el valle estaba lleno, heridas de un manso céfito que soplabá, hacían y formaban un sordo y tristísimo susurro casi como en señal de que por su parte ayudaban á la tristeza del funesto sacrificio. Tres veces rodeó Telesio la sepultura, y tres veces dijo las piadosas plegarias, y otras nueve se escucharon los llorosos acentos del amen, que los pastores repetían. Acabada esta ceremo-

nia, el anciano Telesio se arrimó á un subido ciprés, que á la cabecera de la sepultura de Meliso se levantaba, y con volver el rostro á una y otra parte, hizo que todos los circunstantes estuviesen atentos á lo que decir quería: y luego levantando la voz todo lo que pudo conceder la antigüedad de sus años, con maravillosa elocuencia comienza á alabar las virtudes de Meliso, la integridad de su inculpable vida, la alteza de su ingenio, la entereza de su ánimo, la graciosa gravedad de su plática y la excelencia de su poesía; y sobre todo la solitud de su pecho en guardar y cumplir la santa religión que profesado habia, juntando á estas otras tantas y tales virtudes de Meliso, que aunque el pastor no fuera tan conocido de todos los que á Telesio escuchaban, solo por lo que él decia, quedaran aficionados á amarle, si fuera vivo, y á reverenciarle despues de muerto. Concluyó pues el viejo su plática, diciendo: Si á do llegaron, famosos pastores, las bondades de Meliso, y adonde llega el deseo que tengo de alabarlas, llegara la bajeza de mi corto entendimiento, y las flacas y pocas fuerzas adquiridas de mis tantos y cansados años no me acortaran la voz y el aliento, primero este sol que nos alumbrá le viéades bañar una y otra vez en el grande Océano, que yo cesara de la comenzada plática: mas pues esto en mi marchita edad no se permite, suplid vosotros mi falta, y mostráos agradecidos á las frias cenizas de Meliso, celebrándolas en la muerte, como os obliga el amor que él os tuvo en la vida; y puesto que á todos en general nos toca y cabe parte desta obligación, á quien en particular mas obliga es á los famosos Tirsi y Damon, como á tan conocidos, amigos y familiares suyos; y así les ruego cuán encarecidamente puedo, correspondan á esta deuda, supliendo y cantando ellos con mas reposada y sonora voz lo que yo he faltado hablando con la trabajosa mía. No dijo mas Telesio, ni aun fuera menester decirlo, para que los pastores se moviesen á hacer lo que se les rogaba, porque luego sin replicar cosa alguna, Tirsi sacó su rabel, y hizo señal á Damon que lo mismo hiciese, á quien acompañaron luego Elicio y Lauso, y todos los pastores que allí instrumentos tenían; y á poco espacio formaron una tan triste y agradable música, que aunque regalaba los oídos, movía los corazones á dar señales de tristeza, con lágrimas que los ojos derramaban. Juntábase á esto la dulce armonía de los pintados pajarillos que por los aires cruzaban, y algunos sollozos que las pastoras, ya tiernas y movidas con el razonamiento de Telesio, y con lo que los pastores hacían, de cuando en cuando de sus hermosos pechos arrancaban; y era de suerte, que concordándose el son de la triste música, y el de la triste armonía de los jilguerillos, calandrias y ruiseñores, y el amargo de los profundos gemidos, formaba todo junto un tan extraño y lastimoso concierto, que no hay lengua que encarecerlo pueda. De allí á poco espacio, cesando los demas instrumentos, solos los cuatro de Tirsi, Damon, Elicio y de Lauso se escucharon, los cuales llegándose al sepulcro de Meliso, á los cuatro lados del sepulcro se pusieron: señal por donde todos los presentes entendieron que alguna cosa cantar querían; y así les prestaron un maravilloso y sosegado silencio, y luego el famoso Tirsi con levantada, triste y sonora voz, ayudándole Elicio, Damon y Lauso, desta manera comenzó á cantar.

T. Tal cual es la ocasión de nuestro llanto.

No solo nuestro, mas de todo el suelo,
Pastores, entonad el triste canto.
D. El aire rompan, lleguen hasta el cielo
Los suspiros dolientes, fabricados
Entre justa piedad y justo duelo.
E. Serán de tierno humor siempre bañados
Mis ojos, mientras viva la memoria,
Meliso, de tus hechos celebrados.
L. Meliso, digno de inmortal historia,
Digno que goces en el cielo santo
De alegre vida y de perpetua gloria.
T. Mientras que á las grandezas me levanto
De cantar sus hazañas, como pienso,
Pastores, entonad el triste canto.
D. Como puedo, Meliso, recompenso
A tu amistad, con lágrimas vertidas,
Con ruegos pios, y sagrado incienso.
E. Tu muerte tiene en llanto convertidas
Nuestras dulces pasadas alegrías,
Y á tierno sentimiento reducidas.
L. Aquellos claros, venturosos días
Donde el mundo gozó de tu presencia,
Se han vuelto en noches miserables, frías.
T. Oh muerte, que con presta violencia
Tal vida en poca tierra redujiste!
¿A quién no alcanzará tu diligencia?
D. Despues, ó muerte, que aquel golpe diste,
Que echó por tierra nuestro fuerte arimo,
De yerba el prado, ni de flor se viste.
E. Con la memoria deste mal reprimo
El bien, si alguno llega á mi sentido,
Y con nueva aspereza me lastimo.
L. ¿Cuándo suele cobrarse el bien perdido?
Cuándo el mal sin buscarle no se halla?
Cuándo hay quietud en el mortal ruido?
T. Cuándo de la mortal fiera batalla
Triunfó la vida, y cuando contra el tiempo
Se opuso ó fuerte arnes, ó dura malla?
D. Es nuestra vida un sueño, un pasatiempo,
Un vano encanto que desaparece
Cuando mas firme pareció en su tiempo.
E. Día que al medio curso se escurece,
Y le sucede noche tenebrosa,
Envuelta en sombras, que el temor ofrece.
L. Mas tú, pastor famoso, en venturosa
Hora pasaste deste mar insano
A la dulce region maravillosa.
T. Despues que en el arisco veneciano
Las causas y demandas decidiste
Del gran pastor del ancho suelo hispano...
D. Despues tambien que con valor sufriste
El trance de fortuna acelerado
Que á Italia hizo, y aun á España triste...
E. Y despues que en sosiego reposado
Con las nueve doncellas solamente
Tanto tiempo estuviste retirado...
L. Sin que las fieras armas del Oriente,
Ni la francesa furia inquietase
Tu levantada y sosegada mente...
T. Entonces quiso el cielo que llegase
La fría mano de la muerte airada,
Y en tu vida el bien nuestro arrebataste.
D. Quedó tu suerte entonces mejorada,
Quedó la nuestra á un triste amargo lloro
Perpetua, eternamente condenada.
E. Vióse el sacro virgineo hermoso coro
De aquellas moradoras del Parnaso,
Romper llorando sus cabellos de oro.
L. A lágrimas movió el doliente caso
Al gran competidor del niño ciego,
Que entonces de dar luz se mostró escaso.
T. No entre las armas y el ardiente fuego
Los tristes teucros tanto se afligieron
Con el engaño del astuto griego,
Como lloraron, como repitieron
El nombre de Meliso los pastores
Cuando informados de su muerte fuéron.
D. No de olorosas variadas flores
Adornaron sus frentes, ni cantaron
Con voz suave algun cantar de amores.
E. De funesto ciprés se coronaron,
Y en triste repetido amargo llanto
Lamentables canciones entonaron.
E. Y así, pues hoy el áspero quebranto,
Y la memoria amarga se renueva,
Pastores, entonad el triste canto.
Que el duro caso que á doler nos lleva,
Es tal, que será pecho de diamante
El que á llorar en él no se conmueva.
L. El firme pecho, el ánimo constante
Que en las adversidades siempre tuvo
Este pastor, por mil lenguas se cante.
Como al desden que de continuo hubo
En el pecho de Filis indignado
Cual firme roca contra el mar estuvo.
T. Repítanse los versos que ha cantado,

Queden en la memoria de las gentes
Por muestras de su genio levantado.
D. Por tierras de las nuestras diferentes
Lleve su nombre la parlera fama
Con pasos prestos y alas diligentes.
E. Y de su casta y amorosa llama
Ejemplo tome el mas lascivo pecho,
Y el que en ardor ménos cabal se inflama.
L. Venturoso Meliso, que á despecho
De mil contrastes fieros de fortuna
Vives ahora alegre y satisfecho!
T. Poco te cansa, poco te importuna
Esta mortal baja que dejaste,
Llena de mas mudanzas que la luna.
D. Por firme alteza la humildad trocaste,
Por bien el mal, la muerte por la vida:
Tan seguro temiste y esperaste.
E. Desta mortal al parecer caida
Quien bien vive al cabo se levanta,
Cual tú, Meliso, á la region florida.
Donde por mas de una inmortal garganta
Se despierte la voz que gloria suena,
Gloria repite, dulce gloria canta.
Donde la hermosa clara faz serena
Se ve, en cuya vision se goza y mira
La suma gloria mas perfecta y buena.
Mi flaca voz á tu alabanza aspira,
Y tanto cuanto mas crece el deseo,
Tanto, Meliso, el miedo le retira.
Que aquello que contemplo ahora, y veo
Con el entendimiento levantado
Del sacro tuyo sobrehumano arreo,
Tiene mi entendimiento acobardado,
Y solo paro en levantar las cejas,
Y en recoger los labios de admirado.
L. Con tu partida en triste llanto dejás
Cuantos con tu presencia se alegraban,
Y el mal se acerca, porque tú te alejas.
T. En tu sabiduría se enseñaban
Los rústicos pastores, y en un punto
Con nuevo ingenio y discrecion quedaban.
Pero llegóse aquel forzoso punto
Donde tú te partiste, y do quedamos
Con poco ingenio y corazon difunto.
Esta amarga memoria celebramos
Los que en la vida te quisimos tanto,
Cuanto ahora en la muerte te lloramos.
Por esto al son de tan confuso llanto,
Cobrando de continuo nuevo aliento,
Pastores, entonad el triste canto.
Lleguen do llega el duro sentimiento
Las lágrimas vertidas y suspiros,
Con quien se aumenta el presuroso viento.
Poco os encargo, poco sé pedir:
Mas habéis de sentir que cuanto ahora
Puede mi atada lengua referir.
Mas pues Febo se ausenta, y descolora
La tierra que se cubre en negro manto
Hasta que venga la esperada aurora,
Pastores, cesad ya del triste canto.

Tirsi, que comenzado habia la triste y dolorosa elegía, fué el que le puso fin, sin que le pusiesen por un buen espacio á las lágrimas todos los que el lamentable canto escuchado habian. Mas á esta sazón el venerable Telesio les dijo: Pues habemos cumplido en parte, gallardos y comedidos pastores, con la obligacion que al venturoso Meliso tenemos, y dad algun vado á vuestras vuestras tiernas lágrimas, y dad algun vado á vuestros dolientes suspiros, pues ni por ellas ni ellos podemos cobrar la pérdida que lloramos; y puesto que el humano sentimiento no pueda dejar de mostrarle en los adversos acaecimientos, todavía es menester templar la demasia de sus accidentes con la razon que al discreto acompaña; y aunque las lágrimas y suspiros sean señales del amor que se tiene al que se llora, mas provecho consignan las almas por quien se derraman, con los pios sacrificios y devotas oraciones, que por ellas se hacen, que si todo el mar Océano por los ojos de todo el mundo hechó lágrimas se destilase. Y por esta razon y por la que tenemos de dar algun alivio á nuestros cansados cuerpos, será bien que dejando lo que nos resta de hacer para el venidero día, por agora visiteis vuestros zurriones, y cumplais con lo que naturaleza os obliga: y en

diciendo esto, dió orden como todas las pastoras estuviesen á una parte del valle junto á la sepultura de Meliso, dejando con ellas seis de los mas ancianos pastores que allí habia, y los demás poco desviados dellas en otra parte se estuvieron, y luego con lo que en los zurriones traian, y con el agua de la clara fuente satisficieron á la comun necesidad de la hambre; acabando á tiempo que ya la noche vestia de una mesma color todas las cosas debajo de nuestro horizonte contenidas, y la luciente luna mostraba su rostro hermoso y claro en toda la entereza que tiene, cuando mas el rubio hermano sus rayos le comunica. Pero de allí á poco rato, levantándose un alterado viento, se comenzaron á ver algunas negras nubes, que algun tanto la luz de la casta diosa encubrian, haciendo sombras en la tierra: señales por donde algunos pastores que allí estaban, en la rústica astrología maestros, algun venidero turbion y borrasca esperaban; mas todo paró en no mas de quedar la noche parada y serena, y en acomodarse ellos á descansar sobre la fresca yerba, y entregando los ojos al dulce y reposado sueño, como lo hicieron todos, si no algunos que reparieron como en centinelas la guarda de las pastoras, y el de algunas antorchas que al rededor de la sepultura de Meliso ardiendo quedaban. Pero ya que el sosegado silencio se extendió por todo aquel sagrado valle, y ya que el perezoso Morfeo habia con el bañado ramo tocado las sienes y párpados de todos los presentes, á tiempo que á la redonda de nuestro polo buena parte las errantes estrellas andado habian, señalando los puntuales cursos de la noche; en aquel instante de la mesma sepultura de Meliso se levantó un grande y maravilloso fuego, tan luciente y claro, que en un momento todo el oscuro valle quedó con tanta claridad, como si el mesmo sol le alumbrara: por la cual improvisa maravilla, los pastores que despiertos junto á la sepultura estaban, cayeron atónitos en el suelo deslumbrados y ciegos, con la luz del transparente fuego, el cual hizo contrario efeto en los demás que durmiendo estaban, porque heridos de sus rayos, huyó dellos el pesado sueño, y aunque con dificultad alguna abrieron los dormidos ojos, y viendo la extrañeza de la luz que se les mostraba, confusos y admirados quedaron, y así cuál en pié, cuál recostado, y cuál sobre las rodillas puesto cada uno, con admiracion y espanto el claro fuego miraba. Todo lo cual visto por Telesio, adornándose en un punto de las sacras vestiduras, acompañado de Elicio, Tirsi, Damon, Lauso y de otros animosos pastores, poco á poco se comenzó á llegar al fuego con intencion de con algunos lícitos y acomodados exorcismos procurar deshacer ó entender de do procedia la extraña vision que se les mostraba. Pero ya que llegaban cerca de las encendidas llamas, vieron que dividiéndose en dos partes, en medio dellas parecia una tan hermosa y agraciada ninfa, que en mayor admiracion les puso, que la vista del ardiente fuego: mostraba estar vestida de una rica y sutil tela de plata, recogida y retirada á la cintura de modo, que la mitad de las piernas se descubrian adornadas con unos coturnos ó calzados justos, dorados, llenos de infinitos lazos de listones de diferentes colores: sobre la tela de plata traia otra vestidura de verde y delicado cendal, que llevado á una y otra parte por un vienteillo que mansamente soplabá, extremadamente parecia: por las espaldas traia esparcidos los mas luengos y rubios cabellos que jamas

ojos humanos vieron, y sobre ellos una guirnalda solo de verde laurel compuesta: la mano derecha ocupaba con un alto ramo de amarilla y vencedora palma, y la izquierda con otro de verde y pacífica oliva. Con los cuales ornamentos tan hermosa y admirable se mostraba, que á todos los que la miraban tenia colgados de su vista de tal manera, que desechando de sí el temor primero, con séguros pasos al rededor del fuego se llegaron, persuadiéndose que de tan hermosa vision ningun daño podia sucederles. Y estando como se ha dicho todos trasportados en mirarla, la bella ninfa abrió los brazos á una y á otra parte, y hizo que las apartadas llamas mas se apartasen y dividiesen para dar lugar á que mejor pudiese ser mirada; y luego levantando el sereno rostro, con gracia y gravedad extraña, á semejantes razones dió principio: Por los éfetos que mi improvisa vista ha causado en vuestros corazones, discreta y agradable compañía, podeis considerar que no en virtud de malignos espíritus ha sido formada esta figura mia que aquí se os representa; porque una de las razones por do se conoce ser una vision buena ó mala, es por los éfetos que hace en el ánimo de quien la mira; porque la buena, aunque cause en él admiracion y sobresalto, el tal sobresalto y admiracion viene mezclado con un gustoso alborozo que á poco rato le sosiega y satisface, al reves de lo que causa la vision perversa, la cual sobresalta, descontenta, atemoriza, y jamas asegura: esta verdad os aclarará la experiencia cuando me conozcais, y yo os diga quién soy, y la ocasion que me ha movido á venir de mis remotas moradas á visitaros; y porque no quiero teneros colgados del deseo que tenéis de saber quién yo sea, sabed, discretos pastores y bellas pastoras, que yo soy una de las nueve doncellas que en las altas y sagradas cumbres del Parnaso tienen su propia y conocida morada: mi nombre es Caliope, mi oficio y condicion es favorecer y ayudar á los divinos espíritus, cuyo loable ejercicio es ocuparse en la maravillosa y jamas como debe alabada ciencia de la poesía: yo soy la que hice cobrar eterna fama al antiguo ciego, natural de Esmirna, por él solamente famosa: la que hará vivir el mantuano Títiro por todos los siglos venideros, hasta que el tiempo se acabe, y la que hace que se tengan en cuenta desde la pasada hasta la edad presente los escritos tan ásperos como discretos del antiquísimo Enio. En fin, soy quien favoreció á Catulo, la que nombró á Horacio, eternizó á Propercio, y soy la que con inmortal fama tiene conservada la memoria del conocido Petrarca, y la que hizo bajar á los oscuros infiernos y subir á los claros cielos al famoso Dante: soy la que ayudó á tejer al divino Ariosto la variada y hermosa tela que compuso, la que en esta patria vuestra tuvofamiliar amistad con el agudo Boscan y con el famoso Garcilaso, con el docto y sabio Castillejo y el artificioso Torres Naharro, con cuyos ingenios y con los frutos dellos quedó vuestra patria enriquecida y yo satisfecha: yo soy la que moví la pluma del celebrado Aldana, y la que no dejó jamas el lado de D. Fernando de Acuña, y la que me precio de la estrecha amistad y conversacion que siempre tuve con la bendita alma del cuerpo que en esta sepultura yace, cuyas obsequias por vosotras celebradas no solo han alegrado su espíritu, que ya por la region eterna se pasea, sino que á mí me han satisfecho de suerte, que forzada he venido á agradeceros tan loable y piadosa costumbre, como es la que